

Para no alargar demasiado este artículo, se hace preciso tratar en capítulo especial del *pensamiento fundamental de la Eneida*.

JUAN A. ZULETA

EL HABITO DEL ORDEN

Blanco supremo de la educación de las escuelas,

(Discurso leído por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Francisco Rogo-nesi, Nuncio Apostólico, con motivo de la inauguración del curso académico en el Seminario y Universidad Pontificia de Comillas, el 1.º de octubre de 1919).

Amados jóvenes:

Espectáculo siempre antiguo y siempre nuevo, y cada vez más sorprendente, el que despliega ante nuestros ojos la Naturaleza.

Millares de mundos girando por el infinito espacio en rítmicos movimientos, cada uno en su propia órbita; agrupaciones de astros que recorren con maravilloso concierto trayectorias inmensas, cumpliendo en tiempos fijos el ciclo de sus majestuosas carreras.

Sorprende quizá y asombra más aún la grandeza de lo infinitamente pequeño, donde el sabio descubre nuevos mundos de elementos y actividades en portentosa combinación.

Y entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, situados en los umbrales de lo desconocido y del misterio, la inmensa variedad de seres aparece concertada en armonía sublime.

En tal espectáculo de la naturaleza, ¿qué es lo que más encanta y fascina? La sabiduría griega llamó

al mundo con una palabra que todo lo resume: lo llamó *Kosmos*, «Orden.»

Sí; es el orden, precisamente el orden lo que al contemplar la creación cautiva y embarga más nuestro entendimiento; el orden, *lo mejor del universo* (1), que el Creador puso en el mundo físico, y que por su Bondad divina quisiera ver lucir en el mundo moral.

Mas, ¡qué contraste entre esos dos mundos, entre las armonías del cielo y las discordias en los habitantes de la tierra!

En Medio de las hermosas e imborrables líneas trazadas por la pródiga mano del Altísimo en el plan de la sociedad humana, ¡cuántos desórdenes vemos en ella! ¡Cuántos conflictos y disidencias entre gobernantes y gobernados, entre obreros y patronos, entre miembros de unos mismos hogares! ¡Cuántas rivalidades de partidos, originando antipatrióticas contiendas! ¡Cuántos odios de clases, convirtiéndose en revueltas fratricidas! ¡Cuántos antagonismos de pueblos y de razas, fraguando guerras y exterminio!... Y la causa de tan profundo desconcierto no es otra sino el desorden intelectual, la infinita discrepancia de ideas y opiniones, de juicios y raciocinios, de teorías y sistemas filosóficos, éticos, sociales, políticos y económicos, que se agitan y chocan entre sí sin cesar y envuelven el espíritu humano en atmósfera de oscuridad y confusión.

Y ¿qué hacer para ordenar las obras y producciones humanas, a fin de que a las armonías físicas del universo correspondan las armonías morales en la sociedad?

Es éste un gran problema, el problema de los problemas, al cual se reducen en fin todas las cuestiones, hasta los más candentes conflictos obreros y sociales

(1) Bonum et optimum universi consistit in ordine partium ipsius ad invicem. (S Thom. *Contra Gent.*, lib. II, cap. 39).

de nuestros días. Porque es imposible concebir el bien sin el orden, ni el mal sin el desorden: en el desorden consisten esencialmente la culpa y el crimen.

¿Qué argumento, pues, más comprensivo y trascendental que el del orden?

Ahora bien; para ofrecer nuevo testimonio de mi especial estima y afecto, me propongo, amados jóvenes, desenvolver sumariamente este importantísimo tema y trazar a grandes rasgos *el concepto, las leyes y el hábito del orden.*

1.º ¿En qué consiste el orden?—2.º ¿Cuáles son las leyes que presiden a su formación?—3.º ¿Cómo habituarse a observarlo y reproducirlo en las obras humanas? Tales son los puntos de que vamos a tratar.

I

CONCEPTO DEL ORDEN

Como habréis advertido en vuestros estudios, la palabra *orden* es una de las que poseen mayor número de significaciones, más o menos propias. Conforme al común uso de hablar, el orden propiamente es la disposición de las cosas o personas en el lugar que les corresponde.

Tal es el sentido que a la palabra *orden* se ha dado desde la más remota antigüedad. Cicerón afirmaba que al orden lo definían ya «*compositionem rerum aptis et accommodatis locis*» (1). San Agustín lo llamó «*parium dispariumque rerum sua cuique loca tribuens dispositio*» (2); y Santo Tomás de Aquino dice: «*ordo includit in se aliquem modum prioris et posterioris*» (3); y según el mismo: «*prius et posterior dicitur secundum relationem ad aliquod principium*» (4). Incluye, pues, el Santo doctor en la definición de orden prio-

(1) *De Officiis*, lib. 1, c. 40.

(2) *De Civit. Dei*, lib. XIX, c. 13.

(3) *Summ. Theolog.*, 2.ª 2.ª, q. 26, a. 1 in corp.

(4) *Ibid.*

ridad y posterioridad de distintos elementos, relacionados con un principio. Los filósofos modernos están acordes en la definición de que tratamos: *conveniente disposición de las cosas según las relaciones exigidas por su fin*.

Claro está, pues, el concepto propio del orden; empero se aclara más si se estudian los elementos esenciales que lo constituyen. Es el primero la *multiplicidad*, porque lo simple es incapaz de recibir alteración, y, por ende, no es ordenable. Así lo múltiple constituye el *substrato* y la materia del orden.

Viene luego el principio generador de la unidad, el *fin*. Como acabamos de ver, el orden consiste en la *recta ratione ad finem*: del fin depende esencialmente la forma interna, de la cual ha de resultar la unidad entre la multiplicidad. Por eso el principio del primer orden en las cosas es efectivamente su *finalidad*.

Aparece en tercer lugar, como elemento esencial del orden, la *forma*, es decir, la colocación de las partes de tal manera, que cada una de ellas ocupe su propio lugar conforme al oficio a que está por su constitución determinada, y todas tendiendo al mismo fin se organicen entre sí y se aglutinen en perfecta unidad.

Huelga señalar la necesidad del *agente* o *autor* del orden: no se concibe la creación sin el Creador, ni reloj sin relojero. Mas preciso es distinguir entre agente *intrínseco* y *extrínseco*, según que proceda de la naturaleza o del arte. Aquél es el germen seminal infundido en la esencia de los seres por Dios que los creó; éste es el hombre que imita las obras de la creación. El orden engendrado por el primero se llama *natural*; el orden producido por el segundo, *artificial*, tomando esta palabra en su más amplio sentido.

A la creación del orden han de concurrir, pues, cuatro factores: agente o autor, multiplicidad de partes, principio de unidad, y adaptación de aquéllas a éste, que en lenguaje escolástico pueden llamarse causa *eficiente*, causa *material*, causa *final* y causa *formal*. Cuan-

to más adecuada y claramente se conozcan esos factores; tanto más completa y lúcida resultará la genuina noción del orden.

Dilucidémosla todavía más. En tres esferas hemos de considerar el orden: la esfera de la naturaleza, la de las ideas y la de las obras y producciones del hombre que apellidaremos *ontológica* la primera, *mental* la segunda y *artificial* la tercera.

Cuando las tres esferas se concentran de tal manera que luminosamente se reflejan, la ontológica sobre la mental y la mental sobre la artificial; es decir, cuando el autor coloca las partes de un todo o distribuye los actos de una empresa de conformidad con el orden que las ideas tienen en su mente, y en su mente las ideas estén dispuestas de conformidad con el orden objetivo de las cosas, entonces logrará producir obras ordenadas.

Porque así se verifican dos ecuaciones, que originan la tercera ecuación; es decir, la perfecta correspondencia del orden artificial con el orden natural.

¿Se observa siempre tal procedimiento? A la serie de las ideas ontológicas sucede a veces lo que a los rayos de luz: así como éstos, al atravesar medios de diferentes densidades, se refractan y se descomponen en varios colores, así las ideas, penetrando en un espíritu desequilibrado, sufren en él desviaciones y se difunden con desorden y confusión.

Entonces el cerebro del hombre aparece como una máquina transformadora que, al volver y revolver la materia que recibe, le da inconscientemente otro estado y nuevo ser.

En realidad, existen entendimientos que, por su propia índole o por el influjo de fantasía exaltada o de corazón apasionado, se hallan torcidos hasta tal extremo, que alteran, transfiguran y desnaturalizan cuanto

reciben de fuéramos, y en sus obras lo reproducen alterado, transfigurado y desnaturalizado.

Observaréis, por ejemplo, que un mismo fenómeno natural será descrito, un mismo acontecimiento histórico narrado y una misma tesis filosófica o científica demostrada por varios escritores de diversa manera, si no en sentido opuesto y contradictorio.

Y ¿de dónde tanta variedad en las producciones? De la diversa manera de concebir y ordenar las ideas.

Se desprende, pues, que tanto el orden que se admira como la confusión que se censura en las creaciones artísticas, en las obras literarias, en toda acción pública y privada, traen su origen de la mente del autor. Ordenar es propio de la sabiduría, según Aristóteles (1).

En efecto. ¿Cuál es la fuente del orden y armonía del universo? La mente del Creador, que concibió el ideal y vació el modelo: Aquel que lo creó con su poder, lo ordenó con su sabiduría (2).

Así como todo orden halla su arquetipo divino en el Verbo increado, en el Espejo de las perfecciones infinitas, así en la mente del hombre se encuentra el manantial del orden de todas las obras humanas.

Siendo el campo de los órdenes tan extenso como el de los seres, y hallándose los seres concertados en perfecta escala entre sí, resulta que existe jerarquía de órdenes: del orden ético depende el orden social; del ético social depende el político; de estos tres, el económico, y así de los demás, etc. Empero todos dependen del orden intelectual, que es la fuente primera de todos.

Habituarse, pues, a los alumnos a disponer en su mente las ideas de conformidad con el orden objetivo de las cosas, para reflejarlo en los actos de su vida y en las producciones de su arte, es el blanco supremo a que han de ser constantemente dirigidos los esfuerzos de la educación en todas las escuelas.

(Concluirá)

(1) *Metaphys.*, lib. I, c. 2.

(2) Jerem. LI. 15.

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.
Número suelto.....\$ 0,20 oro
Suscripción por año (adelantada)..... 1,80 »
Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador señor doctor LUIS ENRIQUE FORERO, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.